

DIONISIA GARCÍA: SEÑALES

FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO
Universidad de las Islas Baleares

Tras un lapso de seis años en los que Dionisia García ha publicado un bello libro de memorias líricas, *Correo interior* (2009) y una nutrida colección de aforismos, *El caracol dorado* (2011), ambos también editados por Renacimiento, nos entrega *Señales*¹, un nuevo libro de poemas que aporta una tensión nueva y claroscuros más dramáticos a la plena madurez lograda en *El engaño de los días* (2006), uno de sus mejores poemarios.

Ya desde su acertado título *El engaño de los días* anunciaba la tensión poética y el sentido de una elegía que resultaba, en última instancia, tan convincente y tan sabiamente equilibrada como genuinamente suya. En ese equilibrio entre la constatación de las pérdidas que el vivir impone a cada individuo y la afirmación de un vitalismo resistente al envejecer (“esta fiesta secreta de los canosos años”) despliega la autora los cincuenta poemas que componen estas *Señales* que son una renovada fe de vida que el paso de los años no debilita por más que se acusen más las huellas de una conciencia dolorida en lo íntimo y en lo colectivo.

Dividido en dos partes simétricas, *Señales* se inicia desde la proclamación de la “Inutilidad de la tristeza” –“Para el ayer el llanto”–, poema prologal que sirve de divisa al libro antes de dar paso en “Sinfonías quebradas” a un intenso repertorio de constataciones dolorosas y denuncias históricas. Nos viene a la memoria la consigna moral que abre su reciente y sabio libro de aforismos: “Atesora los días, pálpalos, procura retener el instante. Ya perdidos, suéñalos, recuérdalos, mantenlos en la memoria, mezcla lo viejo con lo nuevo, que en todo fuiste y eres. Eso es la vida”. Se instala, así, desde los primeros versos una afirmación del presente que, pese a la amplitud y diversidad de su testimonio crítico, nos recuerda la poética esencial de Jorge Guillén (“El paisaje de luz/ que la vida nos brinda./ se arriesga sin demora”.). y que, gracias a la seguridad de la valía humana y al protagonismo de la belleza de la Naturaleza, se ahínca en una actitud comprometida y solidaria: “No sólo la belleza/

¹ Dionisia García, *Señales*, Sevilla, Renacimiento, 2012.

es armonía y gozo/ también la lucha cómplice/ con quienes convivimos/ y con amor se entregan/ a una dicha posible/ que es hoy y no mañana”.

A la luz de esta decisión ética en la que la escritura abre una precaria posibilidad de redención a la voz protagonista ha de leerse la sucesión de estampas del dolor y la violencia que, entreveradas con una honda reflexión sobre la ancianidad, componen esta primera parte. Se combinan en sus poemas diversos espacios que testimonian el paso ominoso de la historia reciente –la “Ciudad lastimada” (¿Stalingrado?), Auschwitz, San Petersburgo, Delhi...– y escenas de tono narrativo y sentido social –“Primer trabajo”, “Daño impune”, “Maternidad”– en las que un variado repertorio de seres anónimos sometidos a la injusticia, la persecución o la explotación –“Clandestinos”, “Primer trabajo”, “Telares”– desgrana un desolador panorama colectivo cuyo sentido se plantea a otra altura generalizadora en algunos poemas: “Voces posibles”, “Lejanías”. En estos la reflexión abstracta y el recurso a las referencias clásicas enlazan con la historia de la humanidad. Así, en “*Lacrimae rerum*”, con las palabras de la *Eneida* como emblema, la mirada elegíaca a la naturaleza –“estas ofrendas naturales/ el humo de las cosas, su paciencia”– suscita nuevamente con su testimonio una oscura afirmación moral que pone a prueba la resistencia de la voz protagonista que se reformula nuevamente con dignidad y una cierta melancolía en estas *Señales* que no quieren desvelar del todo el misterio a que apunta el título.

A lo largo de esta sección los símbolos de un mundo decadente –“Cercos”– se enfrentan una y otra vez con la nominación sensorial de las cosas y los seres de un mundo elemental que remite, en el poema “Entre dos siglos”, a la nostalgia de una “memorable dicha del origen”. Dando unidad y sentido a la contemplación en claroscuro de la realidad colectiva, varios textos de carácter intimista van instalando hacia el final de esta primera parte la tensión existencial entre el desasosiego y el temor a la muerte de los sentimientos a medida que la vejez se instala –“Desolaciones”–, por un lado, y, por otro, en dialéctica interminable, la valía de un presente que a cada paso se reafirma voluntariosamente: “La vida es una dádiva y un sueño/ entre otros menesteres de oros y cenizas” (“Desasosiego”).

Uno de los poemas memorables de *Señales* es “*Spes*”, en cuyos versos se cifra con perfección y delicadeza un estado moral ejemplar. Sobrecoge la contemplación de las estrellas a través de la ventana. Su quietud acentúa la conciencia del “rápido fluir que nos aturde” y subraya el convencimiento y la consolación frente a la pérdida –“Los años, por fortuna, engrandecen las cosas,/ las detienen mejor en nuestras vidas”– y la aspiración a una identidad resistente: “Y es la fidelidad de nuestra imagen,/ un resplandor aún en el azogue/ que sin temor impulsa y nos alumbrá”.

Los poemas finales de esta parte, “Ante lo transitorio” y “Edad tardía”, culminan esta visión del género humano como una efímera realidad en el seno de un univer-

so duradero. La ética colectiva de la busca reside en su brevedad. Así, los versos últimos invitan al lector cómplice a valorar con convicción, frente al pesimismo, lo vivido en ese tiempo pasado que dura en la conciencia íntima: “No vendas por tan poco cuanto es tuyo./ Déjate merecer. Has sido y estás siendo./ Arriesga hasta el final con insistencia”. Magnífica y ejemplar exhortación.

Los veinticinco poemas de la segunda parte, “Archivo inédito”, despliegan una serie de homenajes y elegías que, pese a la diversidad que sugiere su título, encuentran unidad en las referencias y alusiones al mundo de la cultura que predominan y subrayan, y esto es importante, el sentido del libro todo. El acorde con la poesía moral de Horacio marca el tono de unos poemas de homenaje en los que la elegía y el elogio se combinan diversamente: un borrador de Ossip Mandelstam propicia la evocación de aquella dura circunstancia histórica, el suicidio de Walter Benjamin –“entre dos fronteras, entre dos decisiones, entre dos amarguras”, como reza un aforismo de *El caracol dorado*– es el objeto de un intenso poema dedicado al profesor Francisco Jarauta, “Obsesiones” recupera los últimos momentos de vida de García Lorca antes de ser asesinado y en “Malograda voz” se evoca “la luz verdadera” de los versos de Sylvia Plath.

Otros nombres y otras presencias se integran en distintos homenajes de aún más intensa expresividad y emoción, en los que el elogio o la elegía se refuerzan con la constatación del amor a la realidad y la grandeza humana, como en el recuerdo, en “El editor florentino”, de Valentín Zapatero, el malogrado editor de la magnífica editorial Trieste o, el elogio, en “Lectura de un paisaje”, a la entrega creativa al espacio natural del pintor Pedro Serna, ilustrador, por cierto, de la cubierta del citado *Correo interior*. Unificados por esta serie de poemas con nombre, otros dialogan con diversos seres que ocupan un espacio especial en la intimidad de la protagonista –“Exilios”, “El guardador”, “Fantasmas queridos”, “Mensaje”, dedicado a la madre, etc.– o, en contraste, centran la reflexión sobre el envejecer en distintos poemas como el que suscita la visita a una residencia de ancianos en “Última morada”, con su crítica al proceder egoísta de los familiares, o la desolada contemplación marina de “La misma melodía” –“Un año más, buscamos el sentido./ un año más... y el mar sigue batiendo”–.

Cerrando esta segunda parte “Permíteme” recupera el sentido moral del conjunto, de nuevo remitiendo a la propia escritura como agradecimiento a la vida y gozo íntimo en el seno de un mundo “que gime y el corazón azota”. Como epílogo a *Señales*, aclarando el sentido del libro, “Seguridades”, de expresivo título, vuelve sobre la constatación del desánimo y la melancolía que la edad va imponiendo para sobre ella expresar con absoluta rotundidad una exhortación vitalista al *carpe diem* frente a la grandiosa portada de la catedral de Murcia: “Los días se detienen si te acercas y

cantas./ si quieres recibir el natural prodigio./ Hoy la tarde te espera con sus dones/
en el alto escenario que la plaza ilumina/ y colma el imafronte en su hermosura”. Un
espléndido final para este libro que afianza la grandeza de su autora en una plenitud
admirable.